## 2n Festival literari Castell de Canyelles

Relat: No llores por mí cuando me haya ido

Autor. Alberto Valle

Categoria: Castellà



Premi del certàmen: obra de l'escultor i artista Francesc Barceló





## No llores por mí cuando me haya ido - Alberto Valle

La arena y la gravilla se me meten en los ojos, empujadas por un viento que escupe toda su rabia contra este trozo de litoral bañado por la luz tenue de una luna que trata de brillar a través de densas nubes negras. Las olas chocan sobre las rocas y mueren en el frío nocturno de esta costa que puede que acabe por ser mi tumba.

Avanzo con dificultad, con pasos de borracho, equilibrio errático, las piernas que van a la suya y no a la mía, notando cómo la sangre impregna mi camisa. Pierdo mucha. Al principio casi ni los noté. Fueron como dos aguijonazos, rápidos, plas-plas, un contacto veloz que va y viene sobre la superficie del abdomen. Luego, empezaron a escocer, un dolor agudo se puso a arder en medio del frío húmedo que me calaba los huesos. Y ahora vuelvo a no sentir nada, sólo una suerte de prurito que indica que el daño sigue ahí. Que me recuerda que pierdo sangre rápidamente y que la noche se me hace más negra y el frío se me hace más definitivo.

La conocí en aquella cena que le hicimos a Martínez, que se jubilaba tras tantos años en la Brigada. Veinticinco, nada menos.

--Me metí a inspector nada más volver de la guerra--, fardaba, como si para aquel memo de cejas pobladas y cara de odre deshinchado hubiese supuesto algún mérito.

Pero ahí estábamos. Martínez se jubilaba y había que ir a decirle adiós. Y estrecharle la mano. Y reírle las gracias. Y desearle que le fuera todo bonito. Y lamentar lo mucho que perdía la Brigada con un policía como él. Y esa mierda. Sólo que, entonces, en medio de aquel paripé infame, como una mano que de pronto acaricia la nuca, apareció ella.

Lo primero que vi fue su mirada grande, llena de un fuego café dispuesto a devorarlo todo, dispuesto a carbonizar mi alma. Más que ojos, aquello eran hogueras cuyas llamas no se podían dejar de contemplar. Después, aquella sonrisa amplia, de labios que irradian un calor vital que atrae y atrapa como una trampa para moscas. El cabello, de un negro azabache, racial, caía ondulado enmarcando un rostro de piel morena que podía saber a sol y flores. Su perfume cruzaba y llenaba el espacio de aquella sala del *Peixerot*, en Vilanova y la Geltrú, que era el restaurante favorito de Martínez y qué menos que celebrar ahí su jubilación.

El caso es que aquella velada, rodeado por mis compañeros de la Brigada de Investigación Criminal de la comisaría de la calle Conde de Asalto, aquel basurero donde día y noche convergen la podredumbre del Paralelo, del Pueblo Seco y del

Distrito Quinto, todas las bestias que infectan el corazón de Barcelona, fue cuando vi por primera vez a Consuelo Nebot, Chelo, más conocida como la mujer del Marfá.

- --Que se te van los ojos, Campayo--, susurró a mis oídos Manolo Arias, inspector de mayor rango, que había notado que no es que se me fueran los ojos, sino que éstos no querían apuntar hacia ningún otro objetivo que no fuera ella.
- --Me habían dicho que era guapa, pero no sabía yo que la mujer del Marfá...
- --Déjalo, Campayo.

Ramón Marfá, inspector jefe de la comisaría, ex divisionario, bestia parda y amigo personal del alcalde Porcioles y de Rodolfo Martín Villa. Un hijo de puta conocido por su implacable ferocidad contra, básicamente, todo aquello que no le gustaba. Y hay muchas cosas que no le gustan a Marfá.

Todos sabían que aquel armario empotrado tenía una mujer que estaba muy rica y que embelesaba a cualquiera que se le pusiera por delante. Pero cuando por fin la estaba viendo, aquella noche de finales de verano, hace poco menos de tres meses, supe que Chelo Nebot, señora de Marfá, era algo más que una simple mujer hermosa.

- --Campayo, ahora en serio, deja de mirar a la mujer del jefe, vamos a tener la fiesta en paz –advirtió Arias--. Sobre todo, tú.
- --Vaaaale, vaaaale.

Me disculpé y salí a la calle, a que me diera el aire en medio de la densa humareda que se había creado en el restaurante, entre brindis con whisky y coñac, risas sonoras y copas de vino del Penedés volcándose sobre la mantelería. Necesitaba aclararme las ideas, huir de aquel bullicio y sentirme alejado del influjo de aquella hembra que podía traer consigo problemas. Porque cualquier cosa susceptible de cabrear o contrariar a Marfá son problemas. Y de los gordos.

--¿Qué, chaval? ¿tomando el fresco?

Escuché aquellas palabras sintiendo el recio manotazo del inspector jefe palmear mi hombro. Me di la vuelta. Estaba él. Estaba solo, ni rastro de la mujer que seguiría dentro, hablando con la esposa de algún otro inspector e iluminando el mundo con su sonrisa.

- --Pues ya ve, jefe... aquí.
- --Anda, anda, fúmate uno de éstos.

Me ofreció un puro, largo, aromático, suculento, que ni pude ni quise rechazar.

- --¿Me recuerdas tu nombre, chaval, que ahora no caigo?
- -- Campayo, jefe. Ricardo Campayo.
- --Muy bien. Y, por curiosidad, ¿qué edad tienes tú, Ricardo Campayo?--, preguntó.
- --Veintiséis jefe.
- --¡Me cago en la mar salada! -exclamó-- ¡Pero si eres poco más que un niño!

No respondí, porque no había nada que decir y, además, el cauce que estaba tomando aquella conversación me estaba gustando muy poco.

- --Y dime, chaval --prosiguió--, ¿tienes novia o mujer?.
- --Novia--, repuse con desgana.

Y era cierto. Novia. De toda la vida. Mari Carmen. Paseos románticos por Montjuich, sesiones de cine para ver las películas de su adorado Burt Lancaster, magreos ocasionales en alguna efímera penumbra y el firme propósito, suyo y de su familia, de desposarnos sólo cuando a mí me ascendieran y la cosa nos diera para irnos a vivir juntos. Hasta entonces, yo vivía con mi madre, viuda de militar, y ella con sus padres.

- --Así que tienes novia, bien, bien. Y dime una cosa, ¿no has pensado en casarte con ella?
- --En eso estamos, jefe.

Entonces, el rostro de Marfá adquirió un tono sombrío y la dureza de una pieza de granito. Arrojó su puro a medio fumar y lo pisó con fuerza, girando el pie hasta hacerlo picadillo en el suelo. Cerró los puños y de su persona empezó a emanar una vibración sísmica de esas que anticipan peligro y aconsejan poner distancia.

Retrocedí mientras él tomaba la palabra:

--Pues muy bien, chaval. Cásate entonces con tu novia y sed muy felices, porque como te vuelva a ver mirando a mi mujer te arranco los ojos y, después, te arranco la puta cabeza. ¿Estamos?

Yo no tiré el puro, sino que éste se me cayó. Tosí. No pude replicar nada, no hubiera sabido el qué. El inspector jefe se daba la vuelta y se volvía a meter en las entrañas del *Peixerot*, al calor de las risas, el coñac, el vino y la densa humareda mezclándose con regüeldos con sabor a dorada, fritura y ajo.

Me tambaleé y me apoyé contra la pared para regurgitar ante la mirada contrariada de un camarero. Yo se la sostuve, ¿quieres meterte conmigo? ¿quieres medirte con un inspector de la Criminal? ¡Venga, a ver si tienes cojones! Obviamente, no los tenía.

--Limpiad esto--, ordené finalmente.

El hombre reculó y se metió servilmente dentro del local, acaso en busca de un cubo de agua con la que barrer mi vómito.

Yo me puse a caminar en dirección al faro de Vilanova. Furioso. Odiando. Sintiendo una sacudida en mente y cuerpo. ¿Así que no puedo mirar a tu mujer, Marfá? ¿Así que tú me tienes que decir *a mí* qué o a quién debo mirar?

Y fue en ese momento, ahora lo recuerdo con una lucidez absoluta, cuando me dije a mí mismo y al mundo que no. Que ni ese carcamal ni Dios mismísimo me iban a impedir volver a ver a Chelo Nebot, a mirarla entera, con todos mis ojos, porque había algo en ella que estaba por encima de su marido, de mí y de la vida misma.

\*\*\*\*

Y me puse a seguirla, claro, aunque no enseguida.

Mi madre estaba muy delicada de salud y por eso pedí unas semanas para poder cuidar de ella, porque no tenía a nadie más que a mí en este mundo y la vida, en un tétrico tercero de angostas escaleras en la calle de Lepanto, no era fácil para aquella señora de andares lentos y dolores recurrentes.

--La familia es lo primero, chaval --exclamó Marfá, un par de semanas después de nuestro encontronazo, habiendo (o haciendo como que había) olvidado sus palabras--, cuida de esa santa mujer, Campayo, que madre no hay más que una.

Y no es que no cuidara de ella, al menos al principio, pero no pasaba un minuto del día en que no tuviera pegada en la retina la imagen de aquella hembra de ojos penetrantes y sonrisa que paraliza. De cabello negro como esta noche que podría ser mi última. De curvaturas generosas. De mujer en un mundo de niñas y viejas.

Así que cuidé de mi madre, y también me veía con Mari Carmen, y paseábamos, e íbamos al cine, y comíamos con los padres de ella, y lo de siempre. Trataba de hacer una vida normal, de estar por ellos, por mis seres queridos, pero no hubo manera. El recuerdo de Chelo me perseguía. Soñaba con ella. Me parecía verla en la calle. Me parecía notar el olor de su perfume. Mis actos de refocile nocturno, mis ocasionales frecuentaciones femeninas de pago, en Robador o Perecamps, terminaban

irremediablemente en ella. Pensándola, visualizándola. Casi, tocándola. Inútil que me pusiera a pensar --qué sé yo-- en Sophia Loren o en Sara Montiel. Todo era Chelo.

Nada podía quitármela de la cabeza y por eso acabé un día apostándome en la calle Parlamento, donde vivían ella, Marfá y el par de hijos que tenían, sólo para contemplarla. Como no la vi, pasé la mañana siguiente en el mismo lugar. Por fin, a la tercera fue la vencida: Salía de su portal en dirección al mercado. Su presencia anonadaba a los hombres que se cruzaban con ella. Todos se daban la vuelta para deleitarse con ese trozo de paraíso encarnado que sólo podrían otear y desear, jamás alcanzar o poseer. Todo el mundo sabía que aquella era la mujer del inspector jefe de la comisaría de barriada, de Marfá, y nadie en su sano juicio quería movidas con él. Sólo echaban el ojo y siempre de soslayo.

La seguí con todo el disimulo que pude. Vi cómo se desenvolvía entre puestos de frutas y hortalizas. Vi cómo compraba bacalao. Vi cómo saludaba a las vecinas. Vi sus manos, su cabello, su todo, y me di cuenta de que aquello no era algo pasajero. La necesidad de estar cerca de ella, de sentir su calor cercano, no era un capricho, una reacción contra el marido celoso que dice qué se puede y qué no se puede mirar.

Me sentí y me supe condenado a arder en la hoguera de algo que no era un banal enamoramiento, sino otra cosa. Más profunda. Más intensa. Más total.

Y, claro, desde aquella mañana no pasó día en que, al salir Marfá de su portal, no me instalara en la Sirvent, a tomar una horchata fresca, o en el bar de la peña taurina de debajo de su casa, a tomar unas manzanillas y vigilar los movimientos de ella. Con quién hablaba, adónde iba, qué peluquería frecuentaba, qué puestos del mercado eran sus habituales y qué compraba.

Así es cómo, inevitablemente, supe de él.

En comisaría sabíamos quién era. Un buscavidas. Un seductor. Un parásito. Jugador tramposo, tenía la entrada prohibida en la mayoría de las timbas de la ciudad. Había entrado y salido de la cárcel. Nada especialmente prolongado. Timos. Proxenetismo. Alguna pelea. Era un *pieza*, un maleante, un mamarracho. Por eso me costó creer lo que estaba viendo cuando Chelo Nebot, *mi* Chelo --aunque nunca hubiese hablado con ella, aunque no hubiese hecho más que imaginar su persona--, se abandonó en los brazos de Eloy Tarín, conocido como *el Mazas* por su afición a levantar pesas.

--¿Pero qué demonios...?

En realidad, no es que la viera, pero lo oí todo. Y me sobrevino un dolor sordo, de los que restan años de vida, cuando la escuché gemir bajo las embestidas de aquel bruto, que retumbaban entre las paredes del rellano, ante aquel desvencijado apartamentito de la calle Obispo Laguardia donde aquel bastardo malvivía. Ella gemía de gusto y a mí me crecía dentro un dolor más lacerante del que siento ahora, cuando la tramontana golpea mi rostro con escupitajos de mar y arena, y la sangre empapa la tela de mi camisa y se escurre por entre mis dedos.

\*\*\*\*

Cómo se habían llegado a conocer Chelo y *el Mazas* es algo que nunca sabré. Sólo sé que se veían cada jueves. Ella salía del portal de la calle Parlamento y se dirigía hacia la Ronda, que cruzaba cabizbaja, tratando de no ser vista ni notada, al menos por vecinos y conocidos. Después, culebreaba por entre unos pocos de aquellos arrabaleros meandros callejeros del Distrito Quinto hasta alcanzar Obispo Laguardia. Acto seguido, subía por unas escaleras estrechas, sorteando cucarachas que salían a su paso y, llegada al segundo, en aquel rellano infecto, llamaba a una puerta de madera barata. Una de esas puertas que se pueden derribar con una patada, pero para robar qué.

Entonces Eloy Tarín abría y la besaba y la tomaba y la hacía suya. Asquerosamente suya. Y yo no podía aceptarlo porque ella tenía que ser mía.

Más que de aquel vividor, más que del mismísimo Marfá.

Gracias a sus encuentros con Tarín elucubré mi plan, que no es que estuviera --ni siga estando-- muy orgulloso del mismo, pero a esas alturas yo sólo quería sentir el tacto de su piel, quería acercar mi nariz a su cuello, quería rozar mis labios con su boca, quería entrelazar mis dedos en aquel cabello selvático, quería paladear el sabor de su lengua, quería sentir la presión de su pecho contra el mío. Quería a Chelo, del todo.

Supe que al principio no le gustaría, pero sabía que después ya no sería así. Que descubriría mi verdadero yo. Que sabría que sólo albergaba por ella pasión y deseo, sin la maldad y sordidez que rodeaban el mundo del *Mazas*. Vería en mí al hombre sensible y atento que no podían ser ni aquel maleante ni la bestia parda de Marfá, demasiado ocupado en su cruzada existencial contra rojos, rameras y malhechores.

Elegí una mañana de jueves para interceptarla. Yo sabía bien adónde se dirigía.

--Señora Nebot ¡Qué coincidencia!--, exclamé haciéndome el encontradizo justo cuando ambos cruzábamos la Ronda de San Antonio.

Ella me observó un momento. No se acordaba de mí, pero yo no podía culparla por ello, porque si bien aquella velada en el *Peixerot* yo no había podido dejar de mirarla, Chelo no me había dignado más que con un par de rápidas ojeadas.

--Me llamo Campayo, Ricardo Campayo --retomé--, y soy inspector en Conde de Asalto, a las órdenes de su marido.

Ella sonrió nerviosa. Sabía que, si yo hubiese informado a Marfá de que su esposa se encontraba en aquella calle a aquella hora, le hubiese sido muy difícil justificarlo.

--Mire, estoy yendo a mirar un regalo para mi marido, que pronto es su cumpleaños, por eso, para darle la sorpresa, es mejor si no le dice usted nada sobre nuestro encuentro--, argumentó ella, con admirable rapidez de reflejos.

Me divirtió la idea de seguir aquel juego del gato y el ratón:

- --¿Y de qué regalo se trata? ¡Ande, cuénteme!--, me presté a ayudarla.
- --Pues es... un reloj. Pero sobre todo no le diga nada a mi marido, ¿eh?
- --¡Caramba! Los relojes son mi gran pasión, así que estaré encantado de acompañarla a la relojería a la que se dirigía para ayudarla a elegir la pieza más idónea para mi inspector jefe.

Chelo palidecía por momentos.

- --No hará falta, de verdad. Creo que tengo ya una idea clara--, intensificó su sonrisa hasta congelarla en un rictus correoso.
- --¿Una idea clara? ¿A qué se refiere?
- --Un... un Bulova. Eso había pensado yo, un Bulova –improvisó--, por eso le digo que gracias, pero que no hace falta que se moleste usted...
- --¡Si no es molestia, mujer! ¿No le he dicho que los relojes son mi gran pasión?

De pronto la sonrisa se borró de su rostro y su mirada se dirigió hacia la mía con la contundencia de un mandoble digno de mortífero K.O. sobre la lona del Price.

--Mire, yo no suelo andar por la calle en compañía de otros hombres que no sean mi marido o algún familiar, y usted no es ni lo uno ni lo otro, así que, si no le importa, voy a seguir mi camino y le agradeceré que, para no estropear la sorpresa, se abstenga de comentarle nada a mi marido, de lo contrario seré yo quien le tenga que contar a él sobre su insistencia en querer ir conmigo.

Asistir a aquella transformación de tintes felinos no hizo más que aumentar mi deseo por aquella mujer. No obstante, llegados a ese punto, era hora de quitarse las caretas y decir las cosas tal y como eran:

--Yo ya sé que tiene usted las ideas muy claras, Chelo, y que para usted las horas es como si no pasaran en esa "relojería" de calle Obispo Laguardia a la que acude semanalmente al encuentro de Eloy Tarín, conocido "relojero" suizo del barrio...

Tras estas palabras, ella emblanqueció todavía más y su boca empezó a temblar.

--... Y, créame, voy a ser el primero en mantener el secreto ante su marido. Sé que no compartiría el entusiasmo que usted demuestra por acudir al "taller" de Tarín.

Ahora estaba muda. Sus ojos eran un reconcentrado de odio afilado tratando de clavarse en mis carnes, como el metal que acaba de penetrar en mi barriga.

--¿Qué es lo que quiere?--, preguntó finalmente.

Le indiqué una calle y un número. Una habitación en un *meublé* de Viladomat, por encima de la avenida de José Antonio. Razonablemente cerca, para no recorrer muchas paradas en tranvía, y lo suficientemente lejos para salir del barrio y no padecer el engorro de ser reconocida por algún vecino chismoso.

--La espero ahí mañana, a las doce--, sentencié.

Chelo bajó la mirada. Yo veía con claridad que sentía asco por la situación y, tal vez, por sí misma. Porque tal vez siempre había sabido que tarde o temprano las infidelidades se descubren y se paga un precio por ellas.

- --Va a ser muy difícil, ¿cómo lo hago yo para salir e ir hasta ahí sin que nadie sospeche?--, preguntó finalmente, tratando obstaculizar el encuentro.
- --Como cada jueves, cuando acude a casa de Tarín--, repuse lacónico.

Ella se estremeció. Era inevitable. No había nada que pudiese hacer para evitar la situación sin poner en riesgo su honor, su matrimonio, sus hijos. ¿Avisar al marido? Entonces lo sabría todo. ¿Avisar al *Mazas*? Ése no se la jugaría midiéndose con un inspector de la Criminal. No había escapatoria.

--En fin, no la interrumpo más, que el tiempo corre. Un placer verla y la espero mañana, en el lugar y hora convenidos--, zanjé.

Ella no saludó, no dijo nada. Sólo prosiguió su camino. Observé cómo se alejaba tambaleándose y tratando de disimular sus lágrimas, mientras un calor se me encendía en el pecho ante la perspectiva de tenerla para mí al día siguiente.

Aquella tarde me llamó Manolo Arias para saber cómo estaba. Nos fuimos a tomar una cerveza a una bodega cerca de mi casa.

- --¿Tu madre está bien?--, preguntó, acodado a una barra de zinc ajada y pegajosa.
- --Ahí está, aguantando--, repliqué.
- --¡Si es que es una mujer fuerte y, además, te tiene a ti!--, profirió palmeando mi espalda.

Seguimos bebiendo nuestras cañas de Águila Dorada y entonces Manolo volvió a abrir la boca:

- --Oye, a ti te pasa algo--, sentenció.
- --¿Q-qué? ¿Cómo?...

Fue entonces cuando reparé en la sonrisa boba que se me había cuajado en la mandíbula y que nublaba mis ojos, como si éstos se hubiesen vuelto unos algodoncillos de color rosa.

- --Que estás tú muy contento--, insistió el inspector.
- --Bueno... sí... puede ser...--, traté de evadirme yo.
- --Pero hombre, Campayo, cuéntame de qué se trata, ¿no? ¿O te vas a guardar todas las buenas noticias para ti?
- --Nada... Mari Carmen –mencioné a mi novia recordando, al instante, que hacía dos días que no le daba señales de vida--, que con un poco de suerte nos casamos el año que viene--, me inventé.
- --¡Pero hombre! ¡¡Si esa es una noticia estupenda!!--, alzó su caña a modo de brindis.
- --Lo único que necesitamos es que, de una vez, me asciendan. Si no, vamos a tener que esperar más--, añadí.
- --Ya verás cómo Marfá no tarda mucho en ascenderte, Campayo, que tú eres un policía diligente y buen patriota, como a nuestro inspector jefe le gusta--, me animó y, después, consultó la hora en su peculiar reloj de pulsera para lamentar lo tarde que se había hecho ya.

- --Curioso reloj--, observé.
- --Sí, es un Bulova Accutron automático--, se enorgulleció.
- --Ah sí, un Bulova--, repuse, pensando de pronto en que, después de nuestro nada fortuito encuentro, Chelo había proseguido su camino hacia el apartamento de Eloy "el relojero", y no de vuelta a su casa.
- --Un Bulova--, repetí en un inevitable tono tétrico.

\*\*\*\*

El oleaje arrecia y con él mis náuseas, como si mi cabeza se llenara de puro vacío. Pequeñas luces centellean en medio del manto oscuro que nubla mi vista. Trato de no perder el equilibrio mientras renqueo sobre la arena que se levanta al soplo del viento. Las heridas han dejado de dolerme y siento los dedos de manos y pies entumecerse hasta tornarse gélidos. Hasta adquirir una algidez que no tiene vuelta atrás.

Cierro los ojos para abstraerme del aquí y ahora y recordar. La calle de Viladomat. El *meublé*. Todo listo. Chelo llegaría, el conserje la acompañaría a mi habitación. Ella llamaría a la puerta. Yo abriría. La haría pasar y depositaría un duro en la mano del acompañante, a modo de propina.

Eso es lo que sucedió. Y luego siguió. Cerré la puerta. Chelo, cabizbaja, mordiéndose los labios, tensa. Sabía que no quería estar ahí, pero pronto sí querría. Pronto no desearía otra cosa. Aquel sería el principio de lo nuestro.

La abracé y empecé a recorrer todo su cuerpo con mis manos y a besuquear su rostro, con la respiración que se me aceleraba y el corazón bombeando con violencia dentro de mi caja torácica. Ella seguía quieta, rígida, mientras yo le quitaba la ropa bruscamente, buscando su desnudez, buscando su piel, sus pechos blancos, generosos, mi mano agarrándolos y recorriéndolos, su silencio y mis gemidos, el sudor, mi aliento que se proyectaba sobre ella. Agarré su barbilla y levanté su cabeza para tener sus labios a tiro, estaban cerrados y yo los besé igual, y metí la lengua para abrirlos, para penetrar en su boca con el alma de la mía. Ella se dejó hacer.

La llevé a la cama, terminé de desvestirla, todos mis músculos endurecidos. Paladeé todo su cuerpo y después me eché encima de ella y entré, y empujé, y mi pelvis iba embistiendo, una, dos, tres, cuatro veces. A la quinta no pude más y salí rápido para culminar en algún lugar impreciso entre su pantorrilla, las sábanas y mi mano, y Chelo no se había movido, no había pronunciado ni una palabra, ni un sonido. Silencio triste

y resignada quietud. Y yo había terminado, pero la abracé y le dije que me gustaba, que había soñado tanto con ese momento, que la amaba, que era feliz.

--¡Soy tan feliz, ahora mismo!

Ella dejó que transcurrieran algunos minutos, mirando fijamente al techo y sin responder a nada de cuanto yo pudiera proferir.

--¿Hemos terminado?--, inquirió al fin.

Yo me estaba tendido a su lado, desnudo de cintura para abajo, fumando un Chesterfield de contrabando, de los muchos que incautamos a mercachifles de rubio americano conchabados con los marinos yanguis, y la pregunta me pilló por sorpresa.

--¿A qué te refieres?--, pregunté a mi vez.

Ella se dio la vuelta y me lanzó una mirada directa y desafiante.

--Si hemos acabado y mi puedo ir ya.

Reconozco que ésta la hubiese tenido que ver venir, no obstante, mi reacción fue otra y aquellas palabras las sentí como un puñetazo a traición en la boca del estómago.

--¿Es que no estás a gusto?--, pregunté.

Sin decir nada, ella se incorporó y se dirigió al retrete, donde se limpió los restos de mi placer que la habían salpicado. Después, siempre muda, se vistió con rapidez.

- --Te he preguntado si no estás a gusto--, insistí.
- --Lo que quiero es volver a mi casa, con mis hijos y con mi marido, y olvidarme de hoy--, repuso con una mueca de hastío profundo.

Sentí cómo se me llevaban los demonios. ¿Ahora se ponía a jugar a ser la buena esposa? ¿La mujercita fiel y honrada? Noté mis sienes a punto de explotar.

- --Querrás decir con Eloy Tarín, tu "relojero" que lubrica "tus engranajes", ¿no es así?
- --¿Me puedo ir ya?--, se mantenía Chelo en sus trece, sin querer entrar al trapo.
- --Claro que te puedes ir -- repliqué dejando unos estratégicos segundos de silencio, antes de proseguir--, te espero aquí el viernes de la semana próxima, a la misma hora.

Su boca se desencajó. Deglutió mientras buscaba palabras adecuadas que sabía que, para mí, no existían. De todos modos, probó suerte:

--Creía que, con lo de hoy... te dabas por satisfecho.

Volví a sentir un volcán en mi cabeza y el ardor de la lava en mis vasos sanguíneos.

--¿¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho?? –levanté la voz—Yo contigo soy feliz, he soñado días y noches, despierto y dormido, con este momento, con estar a tu vera, con tomarte... ¿¿Es que no lo entiendes??

Chelo retrocedía de espaldas, asustada, observando mi rostro que yo sentía desencajarse por momentos y tratando de mantener una distancia que yo acortaba acercándome a ella hasta colocar mi barbilla a pocos centímetros de la suya.

--Tú vas a venir aquí la semana que viene, y la otra, y la siguiente, y cuando yo lo diga. Y vas a acabar queriendo venir aquí, ya lo verás. Y vas a sentirte muy feliz y amada, por mí... ¡Por mí, maldita sea, en vez de por ese pelagatos muerto de hambre de Tarín! ¿¿Está claro??

Algo varió en la expresión de ella que adquirió un tinte selvático, la expresión de una fiera a punto de desgarrar las tripas de su contendiente:

--Al menos, Eloy me lo hace como un hombre, haciéndome disfrutar, tomándose todo el tiempo, y no como...

Una sonora bofetada puso fin a aquel venenoso aguijonazo que Chelo me estaba hundiendo en el corazón.

Ella se quedó inmóvil, con la expresión entre el dolor por la torta recibida y la satisfacción por el daño que había logrado infligirme. Yo me di la vuelta y levanté la corneta del telefonillo de la habitación, informando al conserje del *meublé* de que ella iba a salir enseguida mientras que yo iba a tardar un poco más. Después me di la vuelta y me dirigí a Chelo, que seguía en la misma posición:

--¡¡Cállate y vete!! –ordené—Te espero aquí el viernes próximo, a la misma hora ¡Y si quieres que lo nuestro funcione, más te vale comportarte!

Me volví de espaldas. No la quería mirar. No quería presenciar cómo me despreciaba, ni cómo cogía la puerta y se iba. No quería más que ese momento de dolor pasara rápido, cosa que no sucedió, porque pasé el resto de la semana con el pésimo sabor de boca de aquella despedida amarga, irritable, sin apenas poder dormir. Tomando horchata en el Sirvent o chatos de manzanilla en el bar de la peña taurina que colindaba con la portería de la finca donde vivía. Observándola moverse fríamente por la calle, reconociéndome, claro, pero dignándome sólo de una ojeada indiferente.

Queda menos para volvernos a ver, pensaba para mis adentros. Y esta próxima vez no te querrás ir, no querrás estar con otro hombre, no querrás más calor y besos que los que yo te dé. Ya lo verás, Chelo, ya lo verás.

Sólo que la siguiente vez no llegó, porque, aunque yo estuviera en la misma habitación de aquel *meublé* de Viladomat, esperándola, deseándola, no pensando más que en ella, en colmarla de placer, Chelo, la zorra ingrata de Chelo, no apareció.

\*\*\*\*

No había sido una semana fácil.

El fresco había empezado a permear las calles de la ciudad y la humedad hacía ya mella en la osamenta de los más débiles, lo que redundó en que mi madre se constipara fuertemente, sin poder parar de toser, estornudar y --pobre santa mujer-esputar flema.

Yo iba cuidando de ella, pero, como ya he dicho, pasaba mucho tiempo en la calle Parlamento, apostado en un sitio u otro, esperando verla, sólo verla, sentirla cerca, prometerle silenciosamente, a través de mi acecho, que en nuestro siguiente encuentro ella sería feliz. Serás muy feliz, Chelo. Te doy mi palabra de hombre, de caballero, de policía defensor de la Ley.

Una tarde, Mari Carmen me había venido a buscar a casa con un primo suyo. Estaba visiblemente enfadada. No la había llamado. No había ido de visita. Ni siquiera me había puesto al teléfono cuando ella había telefoneado.

Cuando la vi, plantada delante de la portería, brazos cruzados, mandíbula prieta, ojeras de dormir poco y pensar demasiado, caí en la cuenta de que en los últimos días ni siquiera había pensado un minuto en ella. No era su culpa, claro, pero tampoco la mía. Ella era, en realidad, todavía una chiquilla, allá donde Chelo era toda una mujer. Y yo sentía las necesidades de un hombre y no las de un chaval. Yo necesitaba amar y ser amado con total entrega, y no besitos y magreos y, como premio gordo, la paja raquítica que me había dispensado una vez, en la oscuridad de la sala Aribau, mientras los *Jets* y los *Tiburones* bailaban ridículamente con el trasfondo de Nueva York y yo me imaginaba que la de Mari Carmen era la mano de Rita Moreno.

- --¿Se puede saber qué te ocurre?--, preguntó tratando de reprimir la cólera.
- --He estado ocupado--, repliqué, evasivo.
- --¿Y en qué, si se puede saber?

No se iba a dar por vencida tan fácilmente.

--Cosas mías.

Ni yo tampoco.

Es inútil rememorar, íntegra, la refriega verbal y no verbal que se sucedió a continuación. Palabras más fuertes que las otras, argumentos que se extendían para no llegar a ninguna parte, aspavientos, lágrimas que caían, se secaban y volvían a caer, el primo de ella que se mantenía en segundo plano, no queriendo meterse con un inspector ni queriendo dejar a Mari Carmen sola en aquel momento, los transeúntes que paraban y cuchicheaban, antes de seguir por sus caminos. Y, en mi cabeza, la sensación de que todo aquello me estaba importando poco y que, de hecho, me distraía de lo importante, de lo único que ocupaba mi mente. De Chelo.

La que hasta ese momento había sido mi novia se fue, llorando desconsolada, su primo abrazándola y lanzándome miradas de un odio rabioso, ella prometiéndome que nunca encontraría a ninguna que me había querido como ella. Cosas que piensa y dice una chiquilla, pensé, pero yo soy un hombre.

Aquella ruptura me creó algo de desasosiego y, a la vez, me alivió del peso de tener que andar con Mari Carmen. Ahora ya era sólo de Chelo. Únicamente faltaba que ella fuera mía. Al menos, de momento, en términos extramatrimoniales.

- --Según el tiempo vaya pasando, veremos cómo arreglamos eso también, mi vida--, murmuré volviendo a casa, pensando en la llegada del momento de afrontar su separación de Marfá.
- --¿Qué has dicho, Ricardo?--, preguntó mi madre asomando su cabeza desde debajo de una toalla, como una tortuga, mientras respiraba vapores aromáticos.
- --Nada madre, cosas mías.
- --¿Y quién ha venido a verte? ¿Era la Mari Carmen? Que lleva días llamándote y se quejaba de que no le decías tú nada...
- --Nadie madre, usted respire los vapores que le harán bien. Yo tengo que salir un rato.
- --¡Ay, hijo! ¡Si estás más fuera de casa ahora que cuando estás de turno de guardia!

Escuché el final de aquella frase desde el rellano, saliendo ya hacia la calle Parlamento, a pasar la tarde apostado frente a la finca donde vivía ella. Vería a sus hijos volver del colegio, y tal vez, con suerte, antes de que se hiciera tarde y me tuviera que ir para evitar que Marfá me encontrara, como quien dice, a la puerta de su

casa, la vería a ella bajando a hacer algún recado. Y entonces rogaría para que el tiempo pasara más rápido, para volver a estar los dos juntos, solos, en el *meublé* de la calle de Viladomat.

Faltaban tres días y sabía que se me haría eterno.

Pero llegó por fin el día. Yo había llegado antes, por si ella se anticipaba, que me encontrara ya ahí, cada segundo a su lado era un tesoro al que no estaba dispuesto a renunciar. Se hicieron las doce en punto y no estaba. Normal, no pasaba nada. Después de cinco minutos pensaba que ya estaría al llegar. Es lo que la gente suele hacer, llegar con unos cinco minutos de retraso. No pasa nada, Chelo, absolutamente nada. Estaba inquieto, andando sobre la moqueta de la pequeña habitación. De vez en cuando entreabría la puerta. Cuando casi daban las doce y cuarto, llamé al conserje.

- --Oiga, no sé si se ha confundido, porque yo estoy en la "Ramsés". ¿No habrán metido a la acompañante que aguardo en alguna otra habitación?
- --Descuide señor, ha sido usted el último en llegar hasta ahora y soy plenamente consciente de que, en cuanto la señorita que le acompañaba la semana pasada llegue, debe ser conducida con toda premura a la suite "Ramsés".
- --Eso espero.
- --Pierda todo cuidado, señor, estamos a la espera igual que usted. ¿Querrá alguna bebida o refrigerio mientras espera, el señor?
- --No, sólo traedla cuando llegue.

Y colgué. Y seguí deambulando por aquel pequeño espacio de la "suite Ramsés", que menuda mariconada de nombre, pensé. Y empecé a sudar mucho, la frente, la espalda, la entrepierna, las palmas de las manos. Todo sudado.

Cuando el reloj marcaba cerca de cuarenta minutos desde la hora en que Chelo se tenía que haber personado en aquel cuarto, me puse la chaqueta y salí.

El conserje me llamó la atención, pues, para salvaguardar la intimidad de los clientes del lugar, el sistema estaba organizado de manera que éstos ni siquiera se cruzaran en los pasillos. No eran infrecuentes las historias de maridos y mujeres que se habían cruzado en pasillos de *meublés* en compañía de sus respectivos amantes. Por eso, no se podía salir de las habitaciones sin antes avisar al conserje y que éste no determinara la ausencia de moros en la costa.

--¡Señor! En otra ocasión avise antes de salir -me reprendió aquel hombrecillo escuálido, chupado y de bigote frondoso--. Usted sabe bien cómo funcionan las normas en esta casa.

Pasé de largo, sin dignarle ni de un vistazo, pero el hombre fue tras de mí.

--¡Señor, espere! ¡Tiene que abonar la cuenta!

Cuando me alcanzó, agarré su muñeca y la torcí hasta hacerle caer al suelo de rodillas.

--¿Qué hostias te voy a pagar yo a ti?--, rugí.

Luego le solté y esgrimí mi insignia de la Brigada, antes de amenazar:

--Como me vuelvas a tocar los cojones, *mierdaseca*, te hacemos un registro con media brigada metida aquí un sábado por la noche, ¿¿te enteras??

El conserje, de rodillas, levantó las manos como si, de pronto, un zapato gigante le fuera a aplastar como una cucaracha, y farfulló unas palabras confusas, cuando no inteligibles, que me limité a ignorar.

Salí a la calle fresca, sintiendo una ira en mis entrañas que me sofocaba, que oprimía mis pulmones, mi estómago, mis espaldas, todas mis vísceras.

--Maldita hija de puta--, musité.

A mi paso, oyendo aquellas palabras, dos ancianas me miraron con una mezcla de asco y pena y se santiguaron, "Déu meu, Déu meu".

Pero la que podía ir pidiéndole a Dios toda la ayuda, la que podía ir desempolvando el rosario y rezándole a todas las bolitas, era ella, Chelo, porque se iba a enterar. Con todo lo que yo sentía por ella, con todo lo que yo había hecho por ella, desde no estar junto con mi madre en ese momento tan difícil, hasta dejar a mi novia, pasando por encajar las amenazas de su marido. Todo por ella. Todo por ti, Chelo. Todo, con que, desde luego, esto no iba a quedar así.

--Maldita hija de puta--, volví a musitar de camino a mi casa.

\*\*\*\*

Conseguí interceptarla al lunes siguiente, a la salida de una de las múltiples mercerías de su barrio. Me puse a su lado mientras caminaba, indiferente pese a haberme visto cruzar la calle en su dirección.

- --El viernes te estuve esperando, espero que tengas una muy buena excusa para no haber aparecido a nuestra cita.
- --Nunca dije que fuera a acudir –respondió con una frialdad que me dejó helada la sangre en las venas-- y si no te gusta, acude a mi marido y se lo cuentas todo, incluido lo que me hiciste tú en ese cuartucho de Viladomat.

## ¿Cómo se atrevía a hablarme así?

- --¿Lo que te he hecho? ¡¡Lo que he hecho por ti ni siquiera lo sabes!! –intentaba no subir el tono-- Yo lo único que he hecho es quererte como ningún otro hombre te ha...
- --Si no le importa, inspector Campayo, tengo varios asuntos que atender --me interrumpió levantando una voz árida y hostil--, pero estoy segura de que en comisaría mi marido, Ramón, podrá ayudarle en lo que necesita.

Sentí la cabeza darme vueltas. Aquella desagradecida me liquidaba como a un estorbo, mientras que seguramente acudiría el siguiente jueves a su cita con Eloy Tarín, *el Mazas*, con las enaguas por las rodillas y suplicando amor a aquel churroso trozo de estiércol.

--Te vas a acordar--, susurré a su oído con un rugido que me laceró la tráquea, antes de abandonar a Chelo e irme a casa para pensar cuál sería mi siguiente paso.

Y el siguiente paso lo hallé en la caja de herramientas, aquella misma tarde.

Mi madre había ido a misa el día antes, domingo, y *mossén* Pep le había regalado una figura esmaltada de la Virgen de Lourdes enmarcada en una moldura de madera. Me pidió que la colgara lo antes posible en la pared del salón, justo encima de la radio, para poderle rezar y agradecer el detalle a aquel sacerdote siempre tan atento.

Cuando fui a por la caja de herramientas, la abrí y vi el martillo, supe exactamente lo que debía hacer. Y lo iba a hacer aquella misma noche.

--Te vas a acordar, Chelo--, murmuré acariciando la cabeza fría, dura y negra de la herramienta.

A la caída del crepúsculo sobre el cielo de la ciudad, después de cenar con mi madre, anuncié que salía con Mari Carmen y uno de sus hermanos.

- --¿Tan tarde?--, preguntó ella.
- --Es que uno de sus hermanos parte en breve a Murcia al servicio militar--, me inventé.

Esperé que, a la que hasta la fecha había sido mi novia, no le diera justo esa noche por telefonear y preguntar por mí. Pero era improbable, dada la hora tardía y el hecho de que, posiblemente, estaría esperando a que fuera yo quien llamara y se arrastrara a sus pies en busca de un perdón por el que se haría mucho de rogar.

Ya puedes esperar sentada, pensé, que yo soy de Consuelo Nebot y ella, aunque todavía no lo sepa, aunque viva en un comprensible estado de confusión, es mía.

Precisamente, aquella noche yo iba a acelerar el proceso para ayudarla a recapacitar sobre quién la amaba de verdad y quién no era sino veneno para ella. Un acelerón drástico, pero necesario para encaminarla hacia mí.

Y así me vi, cuello de la chaqueta alzado y sombrero Borsalino –reciente regalo de cumpleaños de Mari Carmen-- calado para evitar ser reconocido con demasiada facilidad, de pie en aquel rellano de suelo crujiente y humedades que huelen a moho y orín de Obispo Laguardia. Una mano, la izquierda, llamando a la puerta desvencijada y, en la derecha oculta detrás de la espalda, el mango del martillo reciamente agarrado.

Llamé largo rato hasta que la voz cabreada de Eloy Tarín, *el Mazas*, preguntó quién es.

- --Soy un amigo de Chelo--, anuncié.
- --¿Chelo? ¿Y qué mosca le ha picado a esa ahora?

Me enfurecía el tono ofensivo con el que aquel macarra se estaba refiriendo a la mujer que yo deseaba, y hubiese dado cualquier cosa por tenerla ahí, en aquel momento, para que oyera por sí misma el desprecio con el que aquel gusano hablaba de ella.

--Es para comentarte una cosa importante, ¿me abres?--, repuse.

Se hizo un breve silencio, tras el cual mi interlocutor retomó el hilo de la conversación:

- --¿Estás de broma? Porque a mí no me está haciendo ninguna gracia.
- --No estoy de broma –repliqué con rapidez-- ¿por qué habría de estarlo? Déjame entrar, anda, que te lo explico todo.
- --Mira, quien seas, que ni tu nombre me has dicho, la gachí esa me ha dejado muy claro que lo nuestro no puede ser, que un bofia cabrón que trabaja para su marido anda husmeando y entrometiéndose, y ella ya me ha dicho que mejor que no nos veamos, no sea que se acabe por enterar el Marfá y la hemos liado. Que, oye, ella se

lo pierde porque lo que le ha hecho el menda no se lo ha hecho ni se lo va a hacer otro tío en la vida.

Así que ella había roto sus relaciones con aquel malnacido. Entonces era evidente que algo por mí sentía y que al *Mazas* le había dado aquella explicación para sacárselo de encima. De pronto me sentí dichoso. Claro, tonto, me dije, si las mujeres son así, que crean mucha intriga, pero ella ha entendido que lo tuyo es diferente, que lo tuyo es puro y profundo. Sólo está poniéndote a prueba, para ver hasta qué punto es éste un amor sincero y sin peros, y no un simple pasatiempo carente de fundamento.

- --Eh, oye, ¿sigues ahí?--, Tarín me sacaba de mis cavilaciones.
- --Sí, sí, aquí estoy--, respondí.

--Pues eso, que el tal pasmarote, un tal Campayo, se ve que anda tras ella como un loco y no te creas, que le dolió decirme adiós, porque si no fuese por ese mamarracho yo me la estaría beneficiando como de costumbre. Pero así son las cosas, que me hizo un regalo de despedida muy especial, que me la lamió hasta el fondo, ¿sabes? Que a la guarrilla le gustaba la idea de recordar mi sabor, ¿sabes? Y dijo eso, justo eso, "recordar mi sabor", que los polizontes esos están tan acostumbrados a darse por el culo uno a otro que luego tienen a una hembra así y no saben qué hacer con ella...

No sé exactamente cuánto tiempo siguió hablando, fardando, deshonrando con aquella lengua salaz a Chelo. Sé que se creó una neblina a mi alrededor, un poco como la que me envuelve ahora, mientras me tambaleo al borde de la orilla de un mar nocturno y picado. Sé que grité, pero ignoro si fue un alarido o si eran palabras, algo que tuviera sentido. Y después, las patadas: una y dos. Y la puerta cedió y ahí estaba Tarín, con la boca abierta en forma de O, el rostro picado por la viruela, los brazos musculosos y peludos, la camiseta Imperio llena de manchurrones, con las palabras paralizadas en el paladar, incapaces ya de salir. Y el martillo que percutía sobre su frente, sobre su nariz, él tratando de zafarse, de protegerse, de devolver golpes torpemente, sopapos al aire, patadas a la nada, mientras mi brazo se empleaba a fondo y notaba el crujir de la rotura del cráneo, y seguía golpeando hasta que él caía al suelo, y ahí seguía dándole, una vez, y otra vez, y otra vez, hasta crear una charca de sangre y seso sobre la que su cuerpo se bamboleaba con breves espasmos.

Paré finalmente. Y respiré hondo y, después, me levanté para observar mi obra. Para recrearme en el mundo un poco mejor que acababa de dejar quitando de en medio a aquel canalla. Y pensé en Chelo. Tu vida ahora también es mejor, amada mía. Y reparé en una medalla de oro de la Virgen de la Fuensanta que colgaba del cuello del

cadáver, y que arrebaté. Y en un anillo de gusto pésimo, anillo de camorrista, de *pintxo* de mala muerte, en el anular derecho de Tarín, que también saqué.

Ningún vecino había salido a ver qué ocurría, alarmado por los gritos, pero puede que alguno hubiese llamado a la policía o avisado al sereno de alguna manera, así que salí del pequeño apartamento bajando velozmente por las escaleras y catapultándome en la noche laberíntica del Distrito Quinto.

A la mañana siguiente me levanté pronto y limpié bien mis zapatos y froté fuerte hasta sacar las manchas de sangre de la camisa, de la americana y de los pantalones que había vestido la noche anterior. Después, preparé el desayuno y, tras limpiarlo también de los restos de sangre del *Mazas*, regalé el colgante de la Virgen a mi madre. Ésta me besó en la frente deleitándose en repetir lo buen hijo que yo era.

--La bondad de un hijo no es sino el reflejo de la bondad de la madre--, repliqué.

Después salí a la calle y, como no hacía mal día, decidí dar un largo paseo hasta la calle Parlamento. Ahí, entre gitanos que palmeaban cantando canciones entre el español, el caló y el catalán, aguardé tomándome un café hasta que Chelo emergió de su portal.

Fui a su encuentro y ella me miró con una mezcla entre sorpresa y fastidio.

Hundí la mano en el bolsillo derecho de mi americana y de ahí extraje el anillo de Tarín, éste sí con restos de sangre, que deposité en su mano.

Ella lo reconoció al instante, emblanqueció y empezó a temblar.

--Espero que entiendas que el nuestro es un amor de verdad, un gran amor--, susurré.

Después, me di media vuelta y, sonriente, volví a paseo a casa dejando que mi amada entendiera, por fin, la magnitud de este afecto mío, tan grande, honesto, imparable.

\*\*\*\*

--Estás aquí, pero es como si no estuvieras--, observó Manolo Arias aquella mañana, como tantas otras.

Habían transcurrido casi tres semanas desde la muerte de Eloy Tarín y desde que, al día siguiente, fuera al encuentro de Chelo para entregarle aquel anillo con el que le estaba diciendo que nada iba tan en serio como lo nuestro. Que mi corazón no bromea.

--¿Perdona, decías?

--¿Lo ves, Campayo? Estás aquí, conmigo, en el turno de guardia, pero tu cabeza está muy lejos.

El ordenanza iba dando paso a infelices que entraban en la comisaría en busca de ayuda para que se les hiciera justicia, para denunciar a malhechores o para intentar joder a alguien y, tal y como había colegido mi compañero, yo tenía la sesera en otra parte.

Durante la semana siguiente a la muerte del *Mazas*, había acudido cada mañana y tarde a la calle Parlamento, a esperar ver a Chelo y escuchar, de su voz, las palabras que tanto deseaba que pronunciara. Ésas que me certificaran que había entendido lo nuestro y que nada podía ser más fuerte y cierto y hermoso que lo que yo sentía por ella. Ni la repugnante lascivia arrabalera de Tarín, ni la tosca brusquedad de su marido. Nada.

Pero no había vuelto a dejarse ver. Ni por mí, ni por nadie. Intenté ser lo más discreto posible y pregunté a vecinos, a los de la peña taurina, a los de la horchatería, a los puestos del mercado donde ella solía comprar. No sabían. Nadie sabía. Simplemente, un buen día habían dejado de verla. Incluso preguntaban ellos. Incluso me pedían que, si averiguaba algo, que se lo dijera. Así hasta que uno de la cafetería de delante del portal reveló que la había visto subirse a un taxi con dos maletas grandes, pero que ni idea de adónde se dirigía.

--Los chavales los tiene la yaya que vive en la calle Manso--, puntualizaba.

¿Qué podía significar aquello? Probablemente, que necesitaba tiempo para pensar, para aclimatarse a la nueva realidad de nosotros dos. Por mucho que digan las novelitas románticas de a duro y las melifluas voces de las radionovelas, el amor no siempre es fácil de entender y aceptar. Sobre todo, cuando una mujer no ha sido amada con la contundencia y profundidad con la que yo estaba entregando mi corazón a Chelo.

Descarté el abandono del lecho conyugal pues, a los pocos días, aprovechando que mi madre no es que mejorara mucho, pero tampoco empeoraba, me reintegré en la Brigada y a Marfá no se le veía especialmente cariacontecido o furibundo. Aquella salida de Barcelona debía ser algo pactado entre ella y él, aunque, claro, imposible saberlo con exactitud. Imposible averiguar. Sentarse en el despacho del Inspector jefe y preguntarle: "¿Y cómo anda su mujer, jefe? ¿Cómo está su señora por la que usted mismo me amenazó con arrancarme los ojos y la cabeza si me volvía a sorprender mirándola?".

Con respecto a la eliminación de Eloy Tarín, se consideró un probable ajuste de cuentas entre chulos y buscavidas, lo normal entre esa clase de infelices, y no se le dio mayor trascendencia pues, antes o después, alguna cosa se sabría.

- --¡¡Despierta, Campayo, coño!!--, Arias me propinó un ligero pescozón.
- --Nada, nada, cosas mías--, rezongué.
- --Si siempre dices lo mismo, y tampoco explicas qué cosas son esas.
- --Bueno, ya sabes...
- --No, la verdad es que no lo sé.

Diálogo de sordos. Uno más. Y los que tuvieran que ser, pues no iba a explicar a nadie lo que sólo sabíamos Chelo y yo, y que nadie más debía saber, pues era y sería siempre y sólo cosa nuestra. Nuestro mundo. Tú y yo, Chelo, amor, que sólo espero que vuelvas, que por fin hayas aceptado entrar en el pequeño gran universo que he creado para ti.

No obstante, aquella fue una mañana distinta, pues quien me llamó a su despacho – justo a continuación de la colleja lanzada por mi compañero-- fue Marfá.

--Siéntate, chaval--, me indicó la ajada silla delante de su voluminoso pupitre.

Me acomodé evitando la mirada parda y directa de mi superior que sentía como si horadara mi cabeza hasta lograr ver mis pensamientos.

--A ti algo te pasa y me vas a decir qué es--, profirió después de dar un manotazo sobre un montículo de papeles.

--Me has oído perfectamente, Campayo, y no te hagas el tonto conmigo. ¡¡Me cuentas lo que hay, de hombre a hombre, y a la de ya!!

Mi cabeza era como la tierra de un camino bajo el peso de una apisonadora. ¿Qué me estaba intentando sonsacar? ¿Qué sabía Marfá? ¡No le habría contado nada Chelo de nosotros! No, aquello era imposible. Si le hubiese explicado algo, aun siquiera un mísero detalle, aquel hombre realmente me hubiese arrancado la cara a hostias.

--Mira, chaval –retomó--, ya estoy viendo que andas con un huevo en cada mano y, desde que te has reincorporado a la Brigada, parece que tengas la cabeza en la luna. Ya sé que tu madre no anda muy fina, pero no me jodas que aquí no anda fina la

madre de nadie. Así que ahora mismo me vas a decir qué ocurre contigo, que yo aquí necesito policías y no astronautas.

Mi cerebro trataba de conjeturar alguna narración plausible con la que convencer a mi interlocutor del por qué de mi ausencia mental, y rápido di con la solución:

- --Es por... Mari Carmen--, balbuceé.
- --Mari... ¿quién?
- --Mari Carmen, mi novia... que resulta que me ha dejado –fabulé—porque dice que dedico todo mi tiempo a mi madre y a la Brigada, y ninguno a ella, y que tampoco he ascendido todavía para permitirnos el hecho de podernos casar.

En la expresión de Marfá, habitualmente dura y adusta, se cinceló una insólita mueca de escucha atenta y comprensión paternal, mientras yo iba hilando la farsa sobre una novia que ya no tenía ni a la que había dignado de una llamada. Incluso después de una carta larga y lacrimógena que me había dejado en el buzón y donde se interrogaba y me interrogaba sobre los motivos de aquel final de lo nuestro, brusco, inesperado, cuando ella todavía pensaba tanto en mí y se mostraba dispuesta a aceptar mis disculpas. Misiva que, ni que decir tiene, ignoré por completo arrojándola al cubo de la basura.

- --Vaya, hombre, así que es eso--, masculló el inspector jefe.
- --Sí, jefe, lo siento, yo...
- --Nada, nada, chaval. Eres joven y es normal que te encuentres en estos percales. Pero tu novia tiene que entender que, por un lado, las madres son sagradas y, por el otro, que ser tu mujer es serlo de la Brigada y que la vida de un inspector se debe, ante todo, al servicio a la sociedad y a la patria. Y eso se lo tienes que dejar bien claro que por algo eres el que lleva los pantalones...
- --Si ya trato de hacérselo entender ya, pero...
- --¡Pero nada, Campayo! ¿Qué te crees, que para los demás es fácil? Mírame a mí, que llevo veinticinco años casado y tengo a mi mujer quejándose, todavía. Que ahora se ha ido al pueblo donde vive su hermana a cuidarla, porque dice que está harta de Barcelona y que, total, yo vuelvo a deshoras que siempre ando trabajando. ¿Qué te parece?
- --V...vaya... --titubeé, pensando en que, de aquella conversación que de entrada parecía tan potencialmente peligrosa, estaba recabando información valiosísima para

conocer detalles sobre el paradero de Chelo-- ¿y queda lejos el pueblo ese de la hermana?--, logré calzar la pregunta.

--¡Qué va! Cañellas, cerca de donde celebramos la despedida de Martínez –repuso Marfá distraídamente y, de nuevo, sin parecer acordarse de nuestro encontronazo--, pero la cuestión no es de distancia, sino de convivencia. Y ésta, para los hombres como nosotros, para los hombres de la Brigada, nunca va a ser fácil. ¿Me sigues?

Chelo estaba en Cañellas, muy cerca de Vilanova y la Geltrú. Muy cerca del *Peixerot*, donde el magnetismo de su presencia me había atrapado y llevado a dar los pasos que había ido dando en las últimas semanas, en dirección a nuestro mundo. Enseguida calculé que mi turno terminaba en quince horas, a la mañana siguiente. Saldría de la calle Conde de Asalto e iría a casa, daría la medicación a mi madre y saldría disparado hacia aquel pueblo, al encuentro de Chelo.

--¿Sigues aquí, chaval? ¡Atiende, que lo que te estoy contando es importante, hostia!

--Sí jefe, perdón, perdón...

--¡Si es que a los jóvenes de hoy os falta haber combatido en la guerra, cagüenlavirgen!

\*\*\*\*

Y fue ayer por la mañana cuando salí del turno de guardia dispuesto a cumplir con mi plan de desplazarme a Cañellas y encontrar a Chelo.

Mari Carmen había llamado y había tenido una larga conversación con mi madre. Ésta estaba preocupada. No entendía por qué yo había dejado a la novia que tanto me quería y, además, sabía la verdad: Que no nos habíamos visto ella y yo desde hacía semanas y que ella no tenía ningún hermano de camino a Murcia para cumplir con el servicio militar. Y eso la hacía llorar.

--¿Por qué me has contado esas mentiras, hijo mío?

Y se desesperaba. E invocaba a la Virgen que colgaba de la pared del salón. Todo por culpa de esa niñata estúpida de Mari Carmen.

Cuando conozcas a Chelo, pensé, te gustará. Tal vez, de buenas a primeras, no apruebes que sea tan mayor con respecto a mí, ni aceptes de buen grado que se separe de su marido, y te costará comprender que mi trabajo se vea en entredicho por ella, pero aprenderás a quererla como yo la quiero. Todo eso pensé, mientras la autora de mis días trataba de retenerme y yo bajaba rápidamente al primero segunda,

a casa de los Bofarull, para pedirles prestado el Seiscientos con el que salían de excursión familiar los fines de semana.

- --Se lo devuelvo mañana mismo--, prometí cuando el páter familias depositó con reluctancia las llaves sobre la palma de mi mano.
- --Cuando puedas, que hay confianza--, replicó éste, poco entusiasta en confiarme su automóvil, pero poco dispuesto a decirle que no al vecino inspector de la Criminal.

Salí de Barcelona hacia el sur. En mis ojos, en mi cabeza, en mi alma, ella, sólo ella. Te veré, te tendré cerca, te adoraré. El corazón golpeándome con violencia la caja torácica, como si necesitara salir, como si necesitara llegar antes que yo a Cañellas.

Recordé que lo llamaban "el pueblo del meteorito" porque cien años atrás había caído uno, desde el espacio sideral directo a aquel municipio. Seguro que era el trozo de una estrella del firmamento, pensé. Por eso está ahí Chelo. Porque ella también es una estrella, la que más brilla en mi universo. La que da luz a nuestro mundo.

Por fin, tras algo más de una hora al volante, llegué y me apeé del vehículo. Presa de ese deseo que abrasaba mis entrañas, serpenteé por las callejas estrechas que subían hasta la iglesia y los imponentes restos de un castillo rodeado de historia, misterio, árboles y arbustos. Los vecinos me miraban extrañados, murmuraban comentarios a mi paso, pero yo no prestaba atención y sólo la buscaba a ella.

Tras vagar durante cerca de dos horas sin dar con Chelo, me dirigí a una taberna situada cerca del ayuntamiento y me dirigí al hombre que servía en la barra:

--Busco a Consuelo Nebot --anuncié--, sé que está aquí en casa de una hermana suya.

El posadero me observó con suspicacia, mudo, mientras hacía rodar un mondadientes de un extremo a otro de una boca de pocos dientes y poco dada a abrirse. Ante aquel silencio esgrimí mi insignia de la Brigada.

--Dígame ya dónde encuentro a las hermanas Nebot--, ordené.

Mi interlocutor extrajo el palillo de la comisura de sus labios y, mientras rebuscaba en su mente las palabras adecuadas, terció en la conversación el que claramente era el párroco del pueblo, visiblemente molesto por mi tono.

--Soy monseñor Grané, rector de la parroquia de Santa Magdalena, aquí en Canyelles. ¿Y usted es?

Irritado por aquella interrupción, le informé de mi nombre y condición de inspector.

- --Busco a Consuelo Nebot--, concluí secamente.
- --Imagino que se refiere a la hermana de la mujer del pequeño de los Carbonell--, terció el sacerdote.
- --Si se apellida Nebot y tiene una hermana llamada Consuelo, sí--, repuse yo, harto de aquel estúpido duelo dialéctico entre Iglesia y Fuerzas del Orden.

Tras unos segundos de reflexión, sosteniéndome la mirada, aquel cura de fuerte acento catalán me informó de la casa donde vivía la hermana de Chelo:

--Está en la calle del Pinar, pasado el camino de Cal Domingo, cerca del cementerio.

Pedí que me condujeran hasta ahí y un paisano, con evidente desgana, me guio a la puerta misma de la casa donde, seguramente, Chelo estaría con su hermana. Quién sabe, imaginé, si hablándole de mí, si pidiendo fraternal consejo sobre qué pasos dar ante la llegada de un amor, de un afecto tan grande como el que yo le brindaba.

Llamé a la puerta. Primero unos pocos golpes contenidos, prudentes, mientras mi respiración se iba atemperando, ahora ya más tranquilo de saberme a las puertas del reencuentro con ella. Tras unos minutos, ante la inesperada ausencia de respuesta, volví a llamar, sólo que esta vez más fuerte.

Tras un buen rato, mis golpes habían arreciado con la misma intensidad con la que lo hacía el aire, que soplaba cada vez con mayor fuerza, agitando el verde a mi alrededor y tiñendo el cielo de un color plomizo que, junto al paso de las gaviotas hacia el interior, presagiaba tormenta. Una tormenta que también se estaba formando dentro de mí.

--Chelo, ¿estás ahí?--, clamaba yo.

Piqué con los nudillos sobre aquella puerta antigua y maciza y llamé a Chelo por su nombre, pronunciándolo, gimiéndolo, gritándolo. Implorando para que se materializara, hasta que, al cabo de una eternidad, brotó por el balcón el rostro de una mujer.

--¡¡Haga el favor de dejarnos en paz!!--, exclamó ésta, agresiva.

No era ella. No era Chelo. Tenía un cierto parecido, como si se tratara de un burdo descarte previo al alumbramiento de la mujer perfecta. Tomé la palabra:

- --¿¿Dónde está Chelo?? ¿¿Eres su hermana verdad??
- --¡¡Le he dicho que se vaya y que nos deje en paz!!--, bramó ella
- --¡¡Llámala enseguida!! ¡¡Llama a Chelo!! ¡¡Necesito verla!!--, insistí por mi parte.

--¿No lo entiende? Chelo no quiere verle y su marido, el inspector Marfá, está ya sobre aviso y viene para acá--, amenazó ella, blandiendo ridículamente el puño.

Monté en cólera. ¿Con quién se creía esa fresca que estaba hablando? ¿Con qué derecho pensaba que se podía interponer entre Chelo y yo?

--¡Este es mi último aviso! –amenacé-- ¡Ábreme que quiero ver a Chelo! ¡Y no se te ocurra seguir cabreándome!

La mujer enmudeció y se metió para adentro. Bien, a ver si aprendemos a obedecer y a dejar de hacerle perder a uno su tiempo, pensé según aguardaba que aquella ignorante me abriera la puerta y me condujera hacia su hermana. Pero lejos de ocurrir eso, la penca volvió a asomar por el balcón con un orinal que vació sobre mi cabeza al grito de "lárguese de aquí de una vez".

--¡¡Mala puta!!--, bramé yo y desenfundé mi Astra.32 que disparé contra ella, aun sin alcanzarla pues rápidamente, ante la visión del revolver, se había vuelto a meter dentro.

Seguí aullando insultos y órdenes para que se me abriera, golpeando y pateando aquella vieja y robusta puerta, hasta que reparé en las voces que venían en mi dirección. Payeses alertados por aquel par de disparos descargados contra el balcón de aquella casa. Un gentío que llegaba desde el campo en mi dirección.

--¡¡Chelo, volveré, no te abandonaré nunca, te lo juro!!--, grité entonces y me escabullí rápidamente, corriendo en dirección al cementerio.

Cuando todo se hubiese calmado, me apostaría con sigilo cerca de la casa y aguardaría a que aquella arpía de la hermana se alejara para poder ir al encuentro de mi amada y ahí, solos ella y yo, poner en claro todo lo nuestro. Todo lo que tendríamos por delante.

Unos cipreses centenarios custodiaban la entrada del pequeño camposanto, un recinto rectangular con muros de piedra y con una portalada de piedra sobre la que una calavera en relevo era coronada por una cruz de metal. En aquel lugar, al silencio sólo lo entorpecían el silbido del viento y el graznido de gaviotas presas del histerismo.

La cancela chirrió a mi paso y fui a emboscarme detrás de una lápida gris y olvidada tras la que me senté y cerré los ojos, buscando algo de calma y reflexión pues, en esos momentos caía en la cuenta, si era cierto lo que había dicho la hermana de Chelo, que Ramón Marfá estaba sobre aviso, se nos complicaba todo mucho.

--Siendo así, es doblemente urgente que tú y yo nos veamos, mi vida--, murmuré al aire, imaginándome que, transportadas por el viento, aquellas palabras pudieran llegar a oídos de Chelo.

Después me sumí en un silencio que no sabría decir cuánto duró. ¿Una hora? ¿Dos, tal vez? Sólo sé que el crepúsculo se ceñía sobre el cielo, el aire soplaba y, de pronto, en medio de aquel incipiente frío nocturno, oí su voz.

--Campayo, no tienes arreglo--, espetó.

No me lo podía creer. No me parecía posible estar oyendo ese timbre inconfundible. Abrí mucho los ojos y me incorporé, buscando de dónde venían aquellas palabras.

--Estoy aquí, Campayo--, precisó y entonces sí lo vi.

Enfundado en una gabardina y sujetando con una mano su sombrero, Manolo Arias avanzaba pausadamente hacia mí.

- --¿Q-qué haces t-tú aquí?--, pregunté sin salir de mi asombro.
- --No tienes remedio, chico--, repuso él.

Yo permanecí inmóvil hasta que se me colocó delante y me sonrió con esa expresión de hiena que se le ponía cuando intentaba expresar algo parecido a la alegría.

- --Mira que te lo dije --prosiguió--, mira que te dije que no la miraras tanto, que lo dejaras correr. Mira que te di a entender que la mujer del Marfá no era cosa tuya...
- --Pero... qué...--, seguía sin entender a qué venían sus palabras y qué hacía él ahí.
- --Chelo te viene grande, nene, y eso, en vez de comprenderlo enseguida, ni siquiera ahora eres capaz de verlo. Ni siquiera ahora te das cuenta de que no es para ti...
- --Arias, ¿a qué viene esto...?--, mi cabeza negaba según él iba hablando.
- --Y no te creas. Al principio me hizo incluso gracia. Seguirte, sin que te dieras cuenta, obcecado como estabas con ella, echando las mañanas en la calle Parlamento, hinchándote de horchatas del Sirvent y manzanillas en la peña del Chamaco. Siguiéndola por el barrio, por el mercado, patético como un perro sin dueño...
- --¡Un momento! –atajé-- ¿Tú estabas...? ¿Tú estabas... ahí?
- --Y hablando con ella, o intentándolo, que daba gusto ver el asco con el que te miraba...

Le agarré fuertemente de los brazos y le clavé una ojeada llena de veneno.

--¡¡Hijo de perra!! -le insulté-- ¿Tú estabas ahí ¿Vigilándome? ¿¿Siguiéndome??

Él no opuso resistencia y rio, antes de romperme con su respuesta:

--¿De verdad que no lo entiendes, gilipollas? ¡¡Yo ya estaba ahí antes de que llegaras, imbécil!! ¡¡Yo ya seguía a Chelo porque quien la ama, quien la ama de verdad, no eres tú, niñato de pacotilla, sino yo!! Yo ya soy un hombre que no vive con su mamá, yo ya soy inspector de segunda clase y no de tercera. ¡¡Yo soy hombre para ella, y no tú!!

Se zafó entonces de mi agarre y me propinó un rodillazo en la entrepierna que me hizo caer doblado.

--Mírate --prosiguió--, das pena Campayo.

Me incorporé y traté de sacar mi arma, pero de un manotazo la hizo volar por entre las lápidas apenas iluminadas por la última luz del día, de un azul cobalto.

- --¡¡Eres un hijo de puta, Arias!!--, bramé.
- --Tú ya ni eres --contestó--, sino que eras.

Fue entonces cuando sacó de su bolsillo una navaja automática y me clavó los dos rápidos pinchazos que me han lacerado la tripa.

--Ésta era del *Mazas*, ¿sabes? La tenía sobre la mesilla al lado de la cama donde se lo hacía a Chelo. La pillé cuando estaban haciendo el registro, tras su asesinato...

Yo sentía el escozor de las heridas recién infringidas extendiéndose por mi abdomen.

--No te diré que no me alegrara cuando acabaste con esa sabandija, Campayo. Ahí demostraste tenerlos bien puestos, pues ni siquiera yo me había atrevido a tanto. Pero eso no convierte Chelo en tuya, porque si esa mujer tiene que ser de alguien en este mundo, si tiene que pertenecer a otro que no sea Marfá, ha de ser mía.

Me dio tiempo a ver cómo limpiaba la navaja con un pañuelo y, después, la cerraba antes de guardarla en el bolsillo de su gabardina. Luego, traté de apoyarme a una lápida sin conseguirlo y caí al suelo.

--En fin, nene, tanto si asciendes al cielo como si te hundes en el infierno, que te den mucho por el culo--, se despidió antes de ser engullido por la oscuridad de esta noche que ahora pesa sobre mis espaldas con la implacable magnitud de este viento frío que sopla, como si estuviera tratando de barrerme de la faz de la tierra.

Permanecí un rato en el suelo, pensando que enseguida me iba a sobrevenir la muerte, pero al rato comprobé que no era así. El escozor remitía y yo seguía vivo.

Tenía que seguir vivo. De modo que me incorporé penosamente y caminé en medio de la noche hacia el Seiscientos de Bofarull, que seguía aparcado donde lo había dejado, el blanco de su carrocería dejándose ver entre los matorrales y reflejando la escasa luz lunar capaz de trascender las nubes atezadas.

Subí al automóvil y lo puse en marcha. Y arranqué. Y conduje hacia algún lugar donde desaparecer, donde curarme, donde planear mis próximos movimientos. Sortear a la hermana de Chelo. Vengarme de Arias. Quitar de en medio a Marfá. Eliminar todos los obstáculos que nos impedían estar juntos a ella y a mí. Juntos en nuestro mundo.

Pasé por el lado de Vilanova. Recordé el *Peixerot*. Recordé la sonrisa de ella. Los ojos intensos y vivos. El cabello negro, ondulado como su cuerpo generoso y femenino. Y, ya costeando el litoral, la sangre manando sin cesar, todo se ensombreció, me desvanecí, como si mi mente se tomara un súbito descanso del cuerpo. Y, para cuando volví a abrir los ojos, el vehículo estaba clavado en la arena y me dolía el rostro del probable golpe contra el volante. Y salí y eché a andar.

Y ahora estoy aquí, incapaz de seguir caminando y ya de rodillas sobre la arena mojada, con un mar iracundo en plena crecida que esputa sus olas contra mí, con el aire que bufa sobre mi cuerpo aterido, con la sangre que ennegrece mi camisa, con la arena que revolotea y se pega a todo mi ser, con la lluvia que empieza a caer desde lo alto de un cielo que me rechaza. Que me avisa que jamás subiré ahí arriba.

Y me doy cuenta de que sí es demasiado tarde y de que Chelo, mi Chelo, está condenada a vivir sin mi amor. Poseída con ruda prepotencia por Marfá, deseada con cruel procacidad por Arias. Nunca volverá a tener mi afecto, pleno y absoluto.

Y, mientras mi rostro cae de frente sobre la mezcla de arena y agua salada, hundiéndose para no volverse a levantar nunca más, pienso en ella y sólo espero que sea capaz de reprimir las lágrimas. Que, cuando sepa que morí, Chelo afronte la triste noticia con entereza.

--No llores por mí, amor mío, vida mía, cuando me haya ido--, consigo balbucear, antes del último fundido en negro.



## Ajuntament de Canyelles

